

dinastía cesárea. Ya no había oposición sino en los teatros y en los anfiteatros. Aquel pueblo mudo podía desatar su lengua, tirando lejos de sí la mordaza tradicional, con sólo reunirse alrededor de un tirano en las fiestas del circo. La menor observación pasaba por crimen de lesa majestad y traía consigo aparejada la muerte fuera de allí; pero allí dentro, las imprecaciones y los insultos al César pasaban por populares gracias. La plebe romana, desacostumbrada ya de los comicios por tribus donde había gobernado al mundo y ejercido la sanción soberana, convertía los espectáculos públicos á lo mejor en manifestaciones políticas. Durante un triunvirato de Augusto, cuando éste se llamaba Octavio á secas, deseando el pueblo imponerle pronta paz con el último de los Pompeyos, ilustre marino, al pasar en las procesiones predecesoras de la festividad la imagen de Neptuno, dios protector del héroe apostado á la sazón en Sicilia, el pueblo lo aclamó con tales hurras y vivas, que hubo de comprender el dictador con evidencia incontestable los votos y aspiraciones de la pública opinión. Conforme iba en aumento la obra de rebajar y encadenar á los plebeyos, iban en aumento á su vez los dispendios empleados en divertirlos. Durante un año se consagraron en aquel entonces diez millones de reales, contados por nuestra moneda corriente, á festejos públicos. Augusto y Livia enviaron á Herodes, rey de Judea, once millones de reales para los gastos de una festividad proyectada en honor de los emperadores y del Imperio. Y todo esto tenía un objeto exclusivo: divertir el pensamiento público de la libertad. Un pueblo completamente ocioso había de estar por fuerza siempre de diversiones, y un pueblo siempre de diversiones había de concluir por envilecerse y por pudrirse. La tercera parte del año se pasaba en jolgorios. Juegos augustales, plebeyos, de Ceres, de Apolo, de Cibeles, de Flora, de triunfos, de aniversarios, de Venus genítrix, de los hijos de ésta, llenaban por tal modo el año, que llegaron á contarse ¡parece imposible! ciento setenta días feriados. La variedad infinita de juegos no sufre ninguna clasificación y no puede numerarse. Procesiones religiosas encaminadas más á entretener los sentidos que á provocar la devoción, coros con toda suerte de cantores y sinfonías con toda suerte de instrumentos, ejercicios de cuerda y equitación, cuadros vivos, acróbatas diestros en saltar, atletas más diestros todavía en

combatir, animales domesticados y dispuestos á toda suerte de pruebas, flautistas del Asia y de la Grecia, mimos y pantomimos, cazadores, juglares, pajareros, sin excluir á los retóricos ni olvidar á los gladiadores, formaban una población regocijada y gozosa, enteramente para el placer y el delirio en aquella inmensa mancebía que se llamaba la Roma imperial. Antes de amanecer, trompetas y clarines dirigían saludos al sol próximo, y después de media noche la fiesta duraba todavía. En estos tiempos de Augusto y Tiberio, por la velada primera de una festividad floral, cinco mil esclavos con linternas y antorchas acompañaron al pueblo en calles y por plazas. Daba grima ver tantos siervos de la casa imperial como ciudadanos de la misma Roma en aquellos circos repletos de gentes, donde se corrompía el cuerpo y se degradaba el espíritu de un pueblo inmortal.

El Imperio, en su arte de corromper y esclavizar, no perdonaba medio ninguno. Podía llamarse la vida romana en aquel tiempo saturnal inextinguible. A tantas y tantas diversiones uníanse los banquetes públicos, donde se juntaban y se confundían todas las clases. Cuentan y no acaban Suetonio en sus *Biografías* y Estacio en sus *Silvas* de los manjares allí regalados, como quesos, dátiles, pasteles, gallinas y hasta faisanes. A lo mejor echábanse al pueblo billetes de lotería, conteniendo premios con toda clase de objetos, unos artísticos, otros útiles y de valor cuantioso. La gente se arrojaba con tal precipitación y tumulto á recogerlos, que muchos espectadores morían aplastados en el empeño. Guerreros de Tracia, labradores del Epiro, sármatas alimentados con leche de yeguas, negros de la Nubia, colorados y rojos de la Dalmacia, árabes del desierto parecidos por sus majestuosas figuras á sacerdotales castas, sicambros con sus trenzas sirios diestros en tañer y danzar, negros hotentotes y blancos polares, traídos unos y otros por acaso de regiones aún inexploradas y desconocidas como tipos y ejemplos verdaderamente raros, pugnaban todos á una en combates y porfía de indescriptible confusión para coger aquellos viles dones, y después de haberse unos á otros insultado con los dicharachos y juramentos propios de sus respectivas lenguas, concluido el tumulto, aclamaban todos sin excepción en unas mismas palabras el nombre y el poder de su tirano César. Los partidos en tiempo de Coriolano,



en tiempo de Camilo, en tiempo de Tiberio y Cayo Graco, en tiempo de Sila y Mario mismo, designados y conocidos por sus ideas, designábanse y conocíanse ahora por sus colores. Primero hubo los blancos y los rojos; añadiéronse luego los verdes con los azules, y tras los verdes con los azules ¡ay! los purpúreos con los áureos. Juvenal, en lamentaciones donde la conciencia humana estalla de horror al ver cómo el oro, jamás empleado en los tiempos republicanos ni siquiera para las estatuas de los dioses, pende ahora del cuello de las prostitutas en joyas riquísimas, nos describe la pasión de Roma, no por las leyes y por las instituciones puestas á discusión pública en sus Rostros, por los combatientes verdes del circo máximo, cuya victoria sobre los blancos y los azules y los rojos le importa más que todas las victorias sobre los getas y los parthos. Para encarecer hasta dónde llegaba la general corrupción entonces, baste decir que Marcial mismo, un poeta eximio nacido en Aragón, cuna de la gravedad natural, se apasionaba y enardecía por los verdes. Dióse un caso entonces que prueba dónde llegan las demencias consiguientes á toda profunda perversión social. Murió por estos días de César y de Augusto un habilísimo cochero denominado Félix. El número de sus admiradores, número incalculable, le consagró magníficas honras fúnebres. Y cuando su cuerpo ardía en la pira, un aficionado á su especial manera de dirigir cuadriga y carroza experimentó dolor tan fuerte, que no quiso vivir más y se lanzó para desaparecer con él en la hoguera donde se consumía su cuerpo. Cuando á tal extremo llegaba la perversión universal, ¿cómo Augusto podía pretender una excepción singularísima en su Julia, necesitada por su cargo de presidir todas estas fiestas y de contagiarse con todas estas corrupciones? Elevado el circo á base fundamental de la gobernación pública; distinguidos los gladiadores combatientes en las férvidas arenas cual antes pudiera distinguirse á los varones públicos y á los tribunos verdaderos por su virtud ó por su elocuencia; reemplazados aquellos partidos que registraran en sus competencias nombres como los de Catón y los de Bruto, por esos partidos compuestos de atletas y cocheros que sólo se distinguían en el color de sus trajes y en el esfuerzo de sus miembros; excitados y aun sobrecitados los apetitos por aquellas orgías colectivas al aire libre donde se mez-

claban gulas y lascivias sin freno y sin tasa, el vapor de la corrupción debía subir hasta las frentes coronadas por las diademas cesáreas, porque toda el alma humana y todo el aire vital eran podredumbre.

En barrio apartadísimo de Roma, lo que nosotros llamamos hoy barrio bajo, estaba entonces la escuela de gladiadores. Por las noches, al resplandor de las antorchas, ensayaban todos ellos los combates usuales y las actitudes que debían guardar hasta en la hora de su muerte. La sensualidad se acrecienta si tiende sus lechos de placer sobre las misteriosas tierras del sepulcro. Como hay una correspondencia entre la electricidad positiva y la electricidad negativa, como hay una correspondencia entre las repulsiones y las atracciones naturales, hay una correspondencia entre la muerte y el amor. Los antiguos casaron al exterminio con la generación, á la guerra que mata con el amor que vivifica. El matrimonio de Venus con Marte no quiere decir otra cosa. Lo cierto es que aquellas damas de Roma, tan experimentadas en los goces y en los placeres, preferían á todos los hombres un joven gladiador, en cuyos brazos transportábanse hasta el enloquecimiento, pensando cómo en la tarde subsiguiente á noche tan llena de vida caería yerto en la muerte. Tal importancia daba la Roma imperial á los ensayos de aquellos juegos cruentísimos, que los celebraba en el templo consagrado á Hércules. Ciertamente que tal templo, cuya fundación atribuyera el vulgo romano á Numa en persona, desdecía mucho del nombre de su fundador rey; pues mientras las demás instituciones dejadas por él guardaban cierto venerable aspecto, ésta se distinguía por su pésimo renombre. Y sin embargo, era de una magnificencia increíble. Pavimento de jaspes multicolores, marmóreas columnas dobles de chapiteles jonios, inmensa rotonda con verdadero atrevimiento, galerías arriba y abajo de aquel círculo donde se contaban alcobas para el placer y nichos para el descanso, piscinas de aguas claras abiertas en oscuros pórfidos egipcios, estatuas de Fidias como su Hércules domando la hidra, relieves preciosos trazados por escultores helenos; he ahí el sitio donde se preparaban las horribles carnicerías que iban á ensangrentar en loor de César y en obsequio de Roma las arenas del circo. Á este mal famoso templo y á sus terribles ensayos asistía en las altas horas de la



noche Julia. Recatada litera la conducía. Su negro esclavo nubio la acompañaba. Un velo tupidísimo la envolvía. Una máscara le ocultaba el rostro. Parecíase así á una Hecate ó una parca infernal. Augusto, que creía componerlo todo con leyes, recabó de la curia patricia una ordenanza prohibiendo en absoluto la presencia de mujeres en aquel infame sitio. Tal prohibición aumentaba sus atractivos y nunca se vieron tantas allí como después de la ordenanza. Una escalera secreta la conducía sigilosamente á palco encubierto por espesas y misteriosísimas celosías, tras las cuales contemplaba los ensayos, holgándose con la satisfacción de ver á su sabor y á mansalva, sin ser ella por nadie absolutamente vista. El comienzo de todos aquellos ejercicios consistía en fresco baño. Julia, en pos siempre de nuevas emociones, donde sacudir un poco el hastío consiguiente al exceso, acudía con frecuencia y empeño al sitio aquel para excitar apetitos acallados muchas veces por los excesos del abuso extremo tan adormecedores y tan opuestos á toda sensibilidad. Así llegaba exhausta, desesperando de volver al deseo y al goce, como si la capacidad íntima de sentir se le hubiese concluído; y á la vista de aquellos cuerpos tan fuertes, á la contemplación de aquellas actitudes tan voluptuosas, la sangre le reardía en las venas heladas, el deseo en los ojos extintos, cierto calor daba indeliberado movimiento á los nervios fatigadísimos, reabriéndose por tal manera y perpetuándose las horrorosas orgías. El gladiador, ya nadaba en la piscina, ya despedía de sus miradas el terror con que los asaltos de las fieras contrastaba, ya se ponía con actitud y gesto en disposición de aguardar á un compañero émulo y enemigo, ya imitaba las esculturas más bellas del mundo griego y se apercibía en representaciones varias y varios ensayos á repetir en carne y hueso con vida verdadera y sangre caliente los Gánimedes y los Efebos tallados en pentélico mármol y considerados por los pueblos en sus idolatrías verdaderos dioses. Byron ha dejado en sus versos indeleble muestra de la emoción que le causaban estas efigies de gladiadores, perpetuadas no sólo por la estatuaria, por las pinturas y por los mosaicos. El Capitolio, donde campea desnuda la casta y robusta Venus, que parece como ejemplar de las hercúleas sabinas robadas por el heroico Rómulo, guarda una estatua del gladiador moribundo, que sobresale y brilla en-

tre los prodigios del arte clásico. Herido mortalmente, acostado sobre su escudo enorme, agonizando en la postrer agonía, crispada por el dolor y puesta sobre la tierra la mano derecha, de donde la espada se ha caído; aquel mirar concentrado en el misterio de la eternidad que se acerca, y aquella frente arrugada por los fruncimientos de las postreras crispaciones; aquella cabeza, que se inclina como al desmayo de las fuerzas y al abandono de toda esperanza; el cuidado solícito de no aparecer ni feo ni cobarde al expirar, los labios entreabiertos, el rubor de morir ante tales gentes y la pena hondísima por su patria, por sus penates, por su esposa é hijos á un tiempo; la suma de todos estos dolores físicos y morales, por tal modo allí quedan expresados, que sentís el terror trágico, cual si oyerais un coro del Edipo de Sófocles lamentando la fatalidad ó un hexámetro del Prometeo de Esquilo maldiciendo al cielo. Pero estos gladiadores, recién salidos unos del baño, escultóricamente plantados otros, voluptuosísimos todos á una, despertaban los deseos, ¿qué digo deseos?, los apetitos de Julia. El arte antiguo nos ha dejado en sus sátiras descripción fiel de los desórdenes engendrados en las damas de Roma por tan lascivos espectáculos. Leed á Juvenal, leed á Séneca, leed á Tácito, leed todos estos gigantes vengadores de la conciencia humana, todos estos representantes de la moral pública, y seguidamente advertiréis el horror de las almas honradas á esta perversión increíble. Si el sensual Batilo representa la pantomima de Leda, los ayuntamientos del cisne divino con tan hermosa mujer, ¡ah! Tuccia se agita como fuera de sí mientras Appula se transporta y suspira, cual en los brazos de su amante, y Timilec se vuelve rígida, cual muerta de gozo y de placer; si Urbico parodia en el exodo ridículo de una brutal atelana los gestos de Antonoe, desea ella conquistarlo; si el histrión más infame representa bien una farsa ó el gladiador más magullado sostiene bien un combate, no importa su parecido con los lobos de puro feos, Ipias, esposa de patricio y senador, le seguirá por tierras y por mares á la continua, sin rendirse ni marearse, mantenida por su deseo y satisfecha con el hartazgo de sus apetitos.

El estudio somero de los tiempos imperiales basta para vencerse del influjo ejercido por las escuelas de gladiadores en la perversión imperial. No podemos negar que durante la república



hubo juegos de tal clase, pero en verdad rarísimos, y consagrados á honras fúnebres. Tuviéronlos de antiguo las edades republicanas, pero á larguísimos intervalos. Por lo cual no puede, no, asegurarse que llegaran á constituir una verdadera costumbre.



Gladiador de la clase de los mirmilones

La introducción de tales fiestas en la vida regular y ordinaria romana, débese á César y á su heredero Augusto. Hoy sabemos que este último sacrificó hasta diez mil hombres en aquellos holocaustos del circo. Los herederos suyos no le iban en zaga. Algunos combates duraron hasta cuatro meses y se vieron hasta mil gladiadores en ellos. Exigíaseles á éstos terribles juramentos, en los cuales debían execrarse á sí mismos con horribles execraciones para el caso de no aceptar la batalla y la muerte.

Consignados á la

á fin de probar y conocer su fortaleza. Después no solamente los curtían y adobaban para el combate, sustentábanlos con alimentos á propósito para que tuviesen mucha sangre por sus venas y la derramaran á torrentes sobre la tierra, enrojando el polvo, que se volvía purpúreo y humeante. El extravío llegó tan lejos, que la Roma imperial vestía con trajes empapados en substancias combustibles á los infelices destinados para su diversión, y pegándoles fuego adrede, holgábase con ver los gestos y convulsiones producidos por aquella muerte horrible. Para matar á unos los disfrazaban de sacerdotes, para matar á otros repetían las torturas más horrosas mencionadas por las historias más antiguas. A este le rompían los huesos con las ruedas célebres de Yon; quemaban á los otros como las llamas del Oeta quemaron á Hércules; tal debía consumir su mano derecha en el brasero como Scévola; tal otro dejarse despedazar por las furias como el músico y poeta Orfeo. Fingíanse jardines con árboles floridos y rocas tapizadas por verde musgo, donde se oían los caramillos de las églogas y los gorjeos de las aves. Y de súbito, para interrumpir aquel idilio, osos enrabados venían de las hondas jaulas y trucidaban á los felices pastores. Muchas veces un león se comía delante del público el primer esclavo habido para sus garras, porque otro animal de su especie devorara en fábulas y consejas á Deda. Cubríanse las arenas de aguas clarísimas para que un hermoso Leandro y una hermosa Hero se buscasen y se ahogaran, como en las antiguas poesías, ante los ojos de aquel cruelísimo pueblo. A lo mejor nadaban por las aguas las diosas y los dioses marinos, el tritón coleteaba con sus ninfas, las nereidas iban como deslizándose su cuerpo entre las claras ondulaciones; aquí, al son de los remos, movidos por una especie de música, se desplegaban las velas de seda sobre naves cortadas en materias olorosas, encima de cuyas cubiertas iban dióscoros coronados por estrellas deslumbrantes; y cuando el espectáculo parecía más armonioso y sereno, los actores en él ocupados más felices, la contemplación más regocijante, á una señal de los Césares, la muerte, aquella muerte reinante como una diosa implacable sobre la Ciudad Eterna esclavizada, surgía, inesperado relámpago por cielo sereno, y ahogaba en las rientes aguas hombres, mujeres, hasta niños, para corresponder á la barbarie universal impuesta por la infame servi-



dumbre, pues el Imperio lo había corrompido todo con su corrosiva gangrena. La tiranía exacerbaba las causas de universal corrupción, cual su historia y su naturaleza y todo el ser suyo lo pedían. El espectáculo, única reunión restante ya tras la muerte de los comicios y la prostitución del Senado, indicaba perfectamente dónde cayera, en cuál abismo, la vida romana. Huían aquellos esclavos de todo cuanto pudiera elevarles el espíritu, recelosos de hallar en esta elevación sus antiguas y constantes aspiraciones hacia la libertad. Los circos, los estadios, las arenas, los teatros y los anfiteatros eran como escuelas públicas de prostitución universal. Sus fiestas atizaban y mantenían el envilecimiento y las degradaciones. En realidad no había teatro allí. Desarrolladas con gloria y esplendor las humanas letras bajo todos sus aspectos, las letras dramáticas ó no surgían, ó surgían de la servil imitación que las hace pobres y entecas. Durante la república, en sus tiempos ilustres, dos poetas cómicos del fuste reconocido en Terencio y Plauto prometían lauros mayores á la romana escena. Pero la crítica propia de las obras dramáticas, transcendentales á toda la sociedad y por ende al ser político suyo, no concordaba con las bases propias de un imperio cuyo despotismo debía imponer forzoso y profundo silencio á toda manifestación de la humana libertad. Un género literario exclusivo de la poesía romana, el género satírico, iniciado por Cátulo al advenimiento de César, sustituyó la poesía dramática. Escrita en el hogar, destinada sólo á una publicidad estrecha, sin aspiraciones á entrar en el aire libre de las asambleas populares, la sátira individual, aislada, solitaria, podía desahogar el ánimo de un pueblo. Y, sin embargo, así como en el circo máximo quedó libertad para el insulto público, no regateado por sus siervos al César, en el teatro quedaron libres las alusiones políticas y no se perdieron jamás, á pesar de haber costado su maligno empleo á ciertos actores la libertad y á otros actores la vida. Pero así como en las carretas báquicas de los vendimiadores helenos el sublime teatro griego naciera, nació el pobre teatro latino en las fiestas atelanas, donde siempre se representaron ciertos pasillos y se dijeron en público ciertos diálogos. Fuera de todo esto, las fiestas escénicas en Roma contribuían al despotismo del emperador y al envilecimiento del ciudadano. Gustaban más que las tragedias el mecanismo brutal

de ciertas pantomimas, y más que la comedia una especie de representación lírica, en la cual entraban toda suerte de cánticos y la instrumentación y la orquestación posibles de suyo en aquellos tiempos. Nótese bien cómo el gladiador, el atleta, el mimo, el músico, el cantante y el bailarín triunfaban porque no había en sus respectivas artes ó industrias asomo alguno de palabra, elemento consubstancial de las ideas, tan funestas á todos los tiranos. Lo que principalmente degradó á Roma fué su afición á las fiestas donde luchaban y morían animales. Aquellas apoteosis de la fuerza y aquel derramamiento de sangre y los combates de la vida inferior y los fatales triunfos del organismo predisponían para todo menos para la libertad. El elefante merecía que se grabaran sus efigies en las monedas. Veinte habían luchado, según referencias de Cicerón y otros, en los decaimientos de la república. Pompeyo se holgaba unciendo á sus carros elefantes y Antonio leones. Dión Casio nos cuenta que había luchas de aquellos animales con los rinocerontes, y Marcial que había luchas de aquellos animales con los toros. El fundador de la tiranía romana, Sila, fué de los primeros en soltar leones á las arenas del circo. Julio César y Augusto, al celebrar la fundación del teatro de Marcelo y del templo de Marte vengador, arrojaron más de quinientos á la curiosidad pública. Veíanse en el Foro pajareras ocupadas por papagayos, en el teatro avestruces teñidos de rojo, en las naumaquias cocodrilos transportados del Egipto, en los jardines jirafas tan altas como árboles, en los combates públicos leones con las guedejas doradas y águilas llenas de lazos y divisas; todo cuanto pudiera divertir y reparar el ánimo de tales irredentores pensamientos.

Pero en realidad el espectáculo por excelencia era la fiesta de los gladiadores. Inmenso el anfiteatro, elevado al aire libre; profundas las galerías subterráneas, donde se guardaban las fieras que debían soltarse, los combatientes que debían luchar, los cambios de tantas y tantas decoraciones como servían al espectáculo de ornato; en un lado el dios protector de la fiesta con sus altares, con sus aras, con sus sacerdotes, con sus odoríferos perfumes y sus sacrificios delante; del otro lado César con sus cortesanos y con sus eunucos detrás, cerca de los cuales gallardeaban los príncipes y embajadores de Oriente, cubiertos con sus trajes rozagantes y multi-